

Gluck, y hubieron de ceder al fin, separándose de su protegida con lágrimas en los ojos. Ella también dejó á sus padres adoptivos como quien pierde hogar y libertad, y dolida de la suerte que la esperaba en su nueva condicion á merced de un amo señor de la vida de sus siervos.

Nunca olvidó Catalina el hogar adoptivo de su juventud, siendo tan fiel su memoria y tan grande su agradecimiento á la familia del pastor de Marienburgo, que cuando se halló en el trono, pensó en ella siempre con dulce melancolía, dando repetidas muestras de generosidad á todos sus individuos.

Siete meses la conservó Scheremetoff, ántes cual concubina obligada que no cual esclava, y al cabo de ellos, cuando llegó á Livonia para reemplazarlo en el mando de las tropas Menchikoff, prendado de su hermosura, se la pidió. No atreviéndose á resistir al deseo de un favorito del Emperador, vino en ello el veterano, pasando así Catalina de uno á otro amo. Pero más jóven, amable y apasionado Menchikoff que su predecesor, inspiró á la bella livoniana tanto afecto como repugnancia sintió siempre hácia Scheremetoff; y como la trataba con verdadero amor, pocas semanas despues de ser su sierva hubiera sido muy difícil distinguir—dice á este propósito Villebois—quién de los dos era dueño del otro.

## XXX.

Tanto predominio había conquistado Catalina en el corazón de Menchikoff, como acaba de verse, á la edad de diez y siete años, cuando el czar Pedro partió repentinamente de San Petersburgo, dirigiéndose á Polonia, con el objeto de visitar al rey Au-

gusto, y atravesando la Livonia, se detuvo en casa de su favorito. Entre las esclavas que lo servían á la mesa estaba Catalina, por inadvertencia ó acaso por vanidad de Menchikoff; pero ya fuese por una ú otra causa, es lo cierto que no bien puso en ella los ojos el Czar, quedó prendado de su hermosura y seducido de sus encantos. Preguntó por ella con señaladas muestras de interés á su protegido; dirigió despues á la esclava palabras galantes que delataban bien á las claras su pensamiento; contestó Catalina ruborosa y tímida, pero discreta, y subiendo con esto de punto el deseo de Pedro, que no tenía más ley que su capricho ni otro freno que la propia voluntad, la dijo entre chanza y véras cuando hubo concluido de cenar que llevara luz á su alcoba, demostrándole así su predileccion. Y como las costumbres licenciosas de aquel tiempo y los mandatos de los czares y príncipes del Imperio no consentían á una esclava defender la propiedad de su persona, la jóven hubo de resignarse. Al día siguiente partió el Czar muy de mañana, y al despedirse de Menchikoff alargó la mano y dió á Catalina un ducado; que no solía—dice un cronista contemporáneo—ser más generoso nunca en tales casos.

Ofendida la esclava, no de la ruindad del Czar, sino de la indigna corrupeion á que su amo la expuso, rompió en lágrimas y denuestos contra él cuando se hubieron quedado solos; pero las quejas tan acerbas como merecidas de Catalina, tuvieron aquella vez la virtud de acrecer el amor de Menchikoff en lugar de irritarlo, y muy luego quedaron reconciliados y en mejor armonía que lo estuvieron ántes, no turbándose ya más el sosiego de sus almas hasta que ocurrió la vuelta inesperada de Pedro. El cual, huyendo de la peste de Polonia, re-

gresó á Livonia; y como entónces advirtiera el estrago y la ruina de la provincia, más destruida por las exacciones de su Gobernador que por la epidemia reinante, montó en cólera contra él y le dió de bastonazos, sin más consecuencia; pues cuando se hubo sosegado, le perdonó y siguió viviendo en su compañía de la manera más familiar y fraternal.

No habitaba el Czar entónces en la misma casa de Menchikoff, sino en otra inmediata; pero los dias y gran parte de las noches los pasaba trabajando, conversando y divirtiéndose con el hijo del pastelero de Moscow. Advertida Catalina del peligro que corría pareciendo delante del Monarca, se ocultó; mas él, que acaso habia vuelto á Livonia y continuaba en ella, no tanto por atender al bienestar de la comarca, cuanto por ver á la esclava del Gobernador, echándola de ménos, preguntó por ella con el más vivo interes y mandó que viniera.

Al presentarse Catalina delante del Czar y de su amo, su rubor, la emocion de Pedro, y el mal disimulado enojo de Menchikoff, demostraban claramente la repugnancia de Catalina, la simpatía del Czar y la contrariedad de Menchikoff. Mas, por ser aquella la primera vez que sentia el Monarca los verdaderos efectos del amor, y con ellos cierta cortedad impropia de su carácter atrevido y brutal, apenas si acertó á decir algunas palabras amables y galantes á la esclava. La cual como no lo animase tampoco á continuar en su empeño con sus respuestas frías y respetuosas, Pedro dió punto á las chanzas y calló, quedando pensativo cual si buscara ideas que lo distrajesen de hondas preocupaciones.

Acostumbran los rusos á servirse licor despues de comer, y al presentar la Skawronsky al Soberano la bandeja cargada de copas y botellas para que to-

mara, Pedro le habló así despues de contemplarla un espacio: «Parece que no estamos hoy tan amigos como llegamos á estarlo la otra vez; pero se me antoja que haremos la paz muy pronto.»

Y, sin esperar la respuesta de Catalina, se volvió hácia Menchikoff, añadiendo con ademan resuelto, y señalando á la jóven: «¡Me la llevo!»

Catalina no volvió más á casa de su amo.

Pasados algunos dias, dijo el Czar á su favorito, aludiendo á la esclava: «No basta que me la cedas, sino que has de dárme la vestida, y pues casi no tiene ropa que ponerse, mándale cuanto ántes lo necesario para que pueda presentarse ataviada cual conviene á la sierva preferida del emperador de Rusia.»

Menchikoff creyó no equivocarse dando á las palabras del Czar un sentido muy lato, y sin más tardanza dispuso en un cofre todas las galas de Catalina, juntamente con un aderezo magnífico de pedería, y lo envió á su destino, previendo acaso ya el próximo encubramiento de la hermosa livoniana; regalo este último que, con ser digno de la esplendidez de un monarca, no hizo mella en las riquezas del Gobernador, cuyo caudal era ya tan enorme, que sólo en diamantes poseia un verdadero tesoro, fruto del favoritismo, de la venalidad y de la guerra.

Dos siervas, que habian sido criadas de Catalina en casa de Menchikoff, fueron portadoras del presente á su antigua compañera de servidumbre, y al recibirlo ella, como viera el aderezo entre las ropas, corrió presurosa dando palmadas y llamando al Czar para mostrárselo.

«Venid, señor,—decia,—venid á mi cámara esta vez siquiera para que os muestre una maravilla!» Y

tomándolo familiarmente por la mano, lo llevó á donde queria. «Hé aquí el equipo de la esclava de Menchikoff,—exclamó señalando á las ropas y alhajas.—Si esto viene de sus manos, — prosiguió,— fuerza es convenir en que despide con mucha generosidad el Príncipe á sus esclavas; pero como ántes me parece que sea vuestro el agasajo á juzgar de su grandeza, que no de Menchikoff, os pido me digais á quién lo debo.»

Calló el Emperador, y entónces mirándolo fijamente Catalina, le dijo: «De vuestro silencio infiero la verdad, y pues no sois vos quien me regala y sí Menchikoff, nada quiero, y le devuelvo sus joyas, que no debe lucir la esclava favorita del Czar.»

Y tomando una sortija que ningun valor tenia comparada con lo demas, se la puso. «Guardaré—añadió—este anillo, en memoria de las buenas acciones del Príncipe conmigo; y ahora que se lo lleven todo, aunque sea mi nuevo dueño el dadivoso, pues yo no pretendo galas de su parte, sino cosa de inestimable valor en pago de mi ternura.»

Al pronunciar estas palabras hizo un esfuerzo Catalina por sonreir; pero vencida en la lucha que trabaron en su corazon el dolor y la alegría, los recuerdos y las esperanzas, rompió á llorar y cayó desmayada en brazos del Monarca, reanimándola él con sus caricias.

Las dos siervas, testigos de la escena, y un coronel de guardias que allí estaba por acaso, igualmente sorprendidos de la ternura y solicitud de Pedro I en esta circunstancia, por ser ambas cualidades impropias de su carácter y aún más de su rudeza con las mujeres, divulgaron los detalles de la plática pasada entre los amantes y de la congoja y desmayo de Catalina, y desde aquel punto comen-

zaron á entender cuantos tuvieron noticia del suceso que al cabo habia encontrado el dominador de Rusia en su propio corazon el yugo á que sometia el Imperio.

## XXXI.

Miéntas Pedro estuvo en Livonia ocultó á los ojos de todos el objeto de su amor, no por decoro, sino por celos. Ni tampoco habló con ella nunca en público, sino que la guardó recluida en una cámara contigua de la suya como avaro que oculta su tesoro, y al partir para Moscow encargó á un capitán de su guardia que la diera escolta, llevándola misteriosamente y guardándole las más grandes consideraciones y respetos hasta dejarla en casa de una dama de confianza. Durante aquel viaje, un correo daba noticia diaria de la Skawronsky al Emperador, que la seguia.

Tres años vivió Catalina en Moscow sin que nadie lo sospechara, oculta en una casa de traza modesta y apartada del centro, y asistida de una dama de familia noble, pero pobre, la cual, andando el tiempo suministró de viva voz estos detalles á Villebois, de cuya relacion manuscrita he tomado los que preceden y siguen relativos á la hermosa livoniana; que Pedro se recataba tanto de visitarla entónces, que sólo iba de noche y acompañado de un hombre de su confianza, no habiendo comenzado á dejar traslucir algo de su empeño amoroso hasta mucho despues, cuando, para conciliar las exigencias de la gobernacion del Imperio con el afecto cada vez más grande que sentia por su esclava, despachó con sus ministros en presencia de ella. Por tal manera em-

pezó Catalina insensiblemente á iniciarse en las deliberaciones de los asuntos políticos y administrativos, y merced á la penetracion de su talento y á la claridad de su ingenio, fué adquiriendo en el consejo aquella decisiva influencia que tuvo y conservó despues. Y no solamente cedía el Monarca ruso á las discretas indicaciones de Catalina en los negocios graves y cuando se hallaba indeciso, sino que se complacia en ello, amando en su sierva juntamente la inspiracion de su inteligencia superior, el tesoro de sus afectos, y el oráculo de los futuros destinos del Imperio.

En este oculto retiro dió á luz Catalina dos hijas, que fueron sucesivamente á la muerte de Pedro I las emperatrices Ana é Isabel, y un hijo que no debia reinar.

## XXXII.

El casamiento de la Skawronsky con el soldado de Carlos XII era el único motivo que impedia en aquellas circunstancias á Pedro tomarla por esposa y darle con su mano el título de czarina; y como todos ignoraban su paradero, hizo buscarlo el Emperador ansiosamente por Menchikoff.

A su vez buscaba el soldado á su mujer desaparecida de Marienburgo. Habianlo hecho prisionero en Pultawa, llevándolo cautivo á Moseow para formar en el cortejo triunfal de Pedro el Grande y regádolo despues á una provincia lejana, donde al saber que Sheremetoff habia tomado para sí á Catalina, y á éste pedidola Menchikoff, que luégo se habia enamorado el Czar de una esclava del favorito y que la sierva ejercia omnimodo imperio sobre su

nuevo señor, sospechó que fuera su misma esposa. Orgullosa y satisfecho de sus conjeturas, las comunicó imprudentemente al comisario ruso encargado de los prisioneros suecos en la comarea, esperando acaso que la generosidad del soberano le compensaria de la pérdida de Catalina; mas ya fuera por mandato de Pedro, ya por evitarle celos, es lo cierto que aparentando ver en las revelaciones del prisionero impostura notoria y ofensa grave á la dignidad imperial, envió al desdichado marido á los desiertos de Siberia, de donde se recibió en Moseow poco tiempo despues de la paz con Suecia noticia fidedigna de su muerte.

Nada se opuso ya entónces sino la diferencia de religion al casamiento secreto de Pedro y Catalina. Pues como habia nacido en el seno de la Iglesia católica, y educádose luégo en la secta luterana y fuese necesario que adoptara el culto griego, Pedro le pidió que abjurase; apostasía que no le costó mucha pena realizar estimulada por su dueño, cuyo amor y ambicion le ponderaban á cada paso la superioridad de los cismáticos sobre sus dos anteriores doctrinas religiosas. En efecto, abjuró, y fué bautizada, contrayendo matrimonio el mismo dia con el Soberano; y la princesa María, hermana del Czar lo alentó á que se casara con Catalina, ya por lisonjearlo, mostrándose partidaria de lo que tanto deseaba él, ya por ver reemplazada con la bondadosa livoniana la soberbia Eudoxia, de quien todos temian y á la cual por este modo se quitaba completamente la esperanza de volver, que aún tenia, sin embargo de hallarse repudiada.

## XXXIII.

Una vez casado, si bien secretamente, ya no tuvo reparo el Czar en parecer á todas horas y en todas partes con Catalina; y como hubiera de partirse aquellos dias para el ejército de Sheremetoff, acampado frente á los turcos en Besarabia, la llevó consigo á la guerra, saliendo á la cabeza de su guardia y de toda la nobleza del Imperio, en direccion del Dniester. Y haciendo un movimiento atrevido, pero peligroso por extremo, cruzó el Pruth y acampó en la orilla derecha del rio para tender la mano al ejército de Sheremetoff, mientras que doscientos cincuenta mil turcos y ochenta mil tártaros auxiliares suyos plantaban sus tiendas un poco más abajo en la orilla izquierda.

El gran visir Baltadji-Mehemet remontó el rio, lo cruzó bajo el fuego de los cañones rusos, los arrojó á unos dilatadísimos bosques, y los separó de las aguas del Pruth, y haciendo luego rodear aquella espesura por cien mil tártaros y veinte mil árabes, que iban estrechando lenta y fuertemente su círculo, puso al Czar en situacion desesperada, dejándolo sin medios de avanzar ni de retirarse, ni otro recurso sino rendirse, del propio modo que lo habia hecho él mismo en Pultawa con Carlos XII. Y hubiera inevitablemente perecido el Monarca en los bosques, acosado como una fiera, sin la magnanimidad del Gran Visir y los consejos de Catalina. Pero Baltadji-Mehemet sólo queria humillar á los rusos sin destruirlos; que así aquel pueblo nuevo cuyos destinos ni siquiera presentian los turcos, como los gérmenes de la civilizacion echados por

el Czar, le parecian, del propio modo que la Polonia, elementos útiles á su política para contrabalancear al Austria, su verdadera y eterna enemiga.

Catalina fué la única persona que tuvo en el campo ruso la perspicacia de adivinar la política del Divan, logrando persuadir á Pedro, quien no hallaba otro remedio á su situacion sino el cautiverio y la muerte.

Porque, mientras su ejército, extenuado por efecto de marchas y contramarchas prolongadas y de la falta de víveres, contaba los dias que le faltaban para capitular, él, que, acostumbrado á los favores del destino, conllevaba mal los reveses de fortuna, y más fatalista por efecto del desaliento que los turcos por creencia, cerraba los ojos para no ver el lúgubre aparato de su ruina. Sólo en su tienda de campaña, desesperado y sin saber qué hacerse, iba y venia Pedro como leon prisionero, dejándose caer en el lecho cuando la fatiga lo rendia con el rostro sobre las almohadas para ocultar sus lágrimas y sofocar sus sollozos. Mas, aun cuando la situacion era por extremo grave, aún quedaba esperanza de remedio.

## XXXIV.

En medio de la consternacion general, sólo Catalina conservaba entero el espíritu y la sangre fria que suelen tener las mujeres superiores en los grandes peligros. Y como se inspiraba en su amor al Czar y en su gratitud á la Rusia, desentendiéndose de las órdenes terminantes de Pedro, que habia prohibido bajo pena de muerte la entrada en su tienda, y dolida tambien con el espectáculo que ofrecian los soldados, desfallecidos de hambre y sin fuerzas

para combatir ni retirarse, llegó resuelta donde se hallaba el Monarca; se arrojó á sus piés para que la perdonase de su atrevimiento; lo abrazó y lloró con él la desgracia de todos; le consoló en su amargura; le reprendió con dulzura la flaqueza que mostraba por abandonarse al desaliento, y acabó por convencerlo de que la única esperanza de salvacion estaba en la paz, hábilmente propuesta y resueltamente concluida, merced á lo cual se salvarian el ejército, la Rusia y el Czar mismo. El Emperador concluyó autorizando á Catalina para entablar negociaciones con el Gran Visir.

Conocia Catalina un soldado del ejército ruso que habia residido largo tiempo en Constantinopla en calidad de intérprete del embajador Tolstoi, y que se preciaaba de conocer á fondo los medios de corrupcion adecuados y propios á romper el círculo de hierro que rodeaba las tropas de Pedro, abriéndoles el camino de Moscow. Lo mandó venir y lo llevó á presencia del Czar; el cual, despues de interrogarle y de quedar satisfecho de sus respuestas, lo envió como parlamentario al campamento de los turcos para tratar con el Gran Visir de la paz á toda costa, ya que no era posible pelear ni retroceder. Mas como fuera necesario presentarse al enemigo con las manos llenas de presentes dignos de un soberano á otro, y así carecieran de oro los vencidos como de provisiones,

—Catalina,—dijo el Czar á su mujer,—¿dónde hallar lo necesario para el rescate de todos?

—Aquí mismo,—respondió Catalina.—Yo te prometo que cuando vuelva el parlamentario tendré ya en mi poder hasta la última moneda que posean los oficiales y soldados. En cambio, nada más te pido sino es que no te dejes abatir del desaliento, única

derrota irremediable de los grandes caracteres, y que reanimes con la serenidad de tu rostro el decaido corazón de los soldados. Levántate y vé á donde los tuyos puedan ser testigos de tu fortaleza, y deja lo demás á la providencia de la Rusia y al amor de tu mujer, que sólo desea vivir y morir por tí.

Pedro la estrechó en sus brazos, salió de su tienda y recorrió las filas. Entretanto Catalina montó á caballo y fué de regimiento en regimiento dirigiendo la palabra individualmente á los soldados, animando su patriotismo, pidiendo á cada uno lo que poseyera para obligar al turco; y añadiendo á sus discursos el ejemplo, se despojaba de sus collares y brazaletes y los echaba en un casco, diciendo que todo el oro y alhajas de Moscow serian pocos para saciar la codicia de los turcos si éstos llegaban á las puertas del Kremlin, pues entonces quedarian deshonradas sus mujeres, asolados sus campos y reducidas sus casas á cenizas, mientras que si ahora contribuian al rescate de sus personas generosamente, salvarian la patria con ellas, evitando la invasion, y merecerian bien del Emperador, que les devolveria ciento por uno.

—Dáme algo para el Czar, nuestro padre,—decia la hermosa Catalina dirigiéndose á cada oficial ó soldado con la gracia irresistible que la era propia.—Cuando estemos en Moscow recordaré tu dádiva y tu nombre para que te premien por ella.

Conmovidos con las palabras, las lágrimas y la hermosura de la Emperatriz, se despojaban los soldados de sus aretes y sortijas, y lo arrojaban todo juntamente con su peculio en los cascos y gabanes puestos á los piés del caballo de Catalina, levantando un monton de oro y de alhajas que habia de servir para su libertad.

Envíanse los presentes, se abren las negociaciones, acude Cárlos XII de Bender al campo de Baltadji-Mehemet para oponer su influjo á la celebracion del tratado salvador de la Rusia y del Czar; pero como el Gran Visir sólo atiende al interes de su patria, y éste queda satisfecho con la humillacion del Imperio moseovita, y ántes há menester de su alianza que no de su sangre, se firma la paz; con ella llegan provisiones abundantes á los rusos, Pedro logra tomar el camino de su capital, y la nacion entera y el ejército proclaman á la livoniana llenos de gratitud y entusiasmo por libertadora de la patria. Con esto el Emperador se atreve á publicar su matrimonio, promete no separarse nunca en el consejo, en los viajes, ni en los campos de batalla de la mujer á quien despues de Dios debe libertad, paz y vida, y para dar testimonio á los tiempos por venir de su gratitud hácia ella, instituye la orden militar de Santa Catalina, en memoria del nombre de su esposa, dechado de consortes finas y modelo de patriotismo.

Celebróse con lujo y pompa verdaderamente orientales la coronacion de Catalina, y los rusos comenzaron entónces á preguntarse cuyo era el origen de la mujer desconocida que habia elevado al trono de los Czares el amor de Pedro I. Presto reveló el misterio á los cortesanos una casualidad, al devolver á la Emperatriz el hermano que habia perdido en la infancia cuando la peste de Livonia.

## XXXV.

Es el caso que, como disputando cierta vez un mozo de posada y vários arrieros que bebían en su compañía, se dejara decir que sus parientes eran muy poderosos, un enviado del rey de Polonia que se hallaba cerca de los comensales aguardando que los postillones mudaran el tiro de su coche, se fijó al oírlo en el jactancioso, y preguntado que hubo á un testigo de la disputa, le contestó sonriendo de una manera incrédula que aquel hombre se llamaba Cárlos Skawronsky, el cual pretendia persuadirlos á veces de su parentesco cercano con una ilustre dama residente á la sazón en Moseow, á quien se presentaria cuando llegara el caso. Miró entónces atento el Embajador al mozo, y le pareció descubrir en su fisonomía rasgos que recordaban el rostro de la Czarina, y sobre todo, en sus ojos la dulzura indefinible que tanto seducia en ella.

Llegado que hubo á Moseow, habló del suceso á un amigo suyo, comunicándole sus impresiones; el amigo lo refirió á otros, y por tal modo supo el Czar la noticia.

Persuadido el Emperador de que aquel hombre sería el hermano de Catalina, y deseando sorprenderla gratamente, mandó á Repnin, gobernador de Riga, que lo hiciera buscar y lo enviara sin pérdida de tiempo á la policía de Moseow, bajo pretexto de comparecer ante los tribunales de justicia.

Repinin ejecutó al momento la orden, y Cárlos partió para la capital del Imperio. Allá ya, los satélites de Pedro lograron fácilmente convencer al joven de cuán ocasionado sería para el éxito de la

causa que pidiera ser recibido por el Czar á fin de que S. M. se interesara en favor suyo. Recibiólo el Emperador casa de un noble llamado Chapiloff, y cuando la entrevista lo persuadió de que el mozo de caballos era hermano de su mujer, llamó á ésta con un pretexto, y la retuvo á su lado mientras hablaban, procurando hacer de modo que Catalina se fijara en la fisonomía de Carlos. Mas no bien lo hubo conseguido, cuando la Emperatriz comenzó á sentirse agitada de tristes recuerdos y vagos presentimientos, aumentando su incertidumbre y sus ansias la relacion que hacia el recién venido acerca de su patria, de sus padres, de su orfandad y de una hermana que dejó en la cuna en Marienburgo.

—Catalina,—le dijo entónces el Czar,—¿la historia de este hombre no despierta en tí memorias pasadas?

Profundamente conmovida, Catalina miraba de hito en hito al extranjero, en quien iba descubriendo al hermano perdido, y nada contestó.

—Yo te ayudaré á pensar—repuso Pedro dirigiéndose á su mujer;—este hombre que ves se llama Carlos Skawronsky y es tu hermano.

Y tomando á seguida por un brazo al jóven, lo acercó á Catalina.

—Ponte de rodillas—le dijo—y besa los piés de la Emperatriz.

Y cuando lo hubo hecho lo levantó, añadiendo:

—Ahora dále un abrazo, que tu hermana es.

Catalina se desmayó en aquel punto.

—Este hombre, Catalina, es mi cuñado,—prosiguió el Czar cuando la Emperatriz hubo recobrado el sentido.—Si es bueno y discreto, haremos algo de él; pero no llores más, porque no hay motivo sino es de alegría con lo que sucede; pues al fin

has encontrado al hermano por quien tanto suspirabas.

Abrazó de nuevo á Carlos la Emperatriz, y salió de la estancia con su marido, quedando aquél á cargo de Chapiloff. Allí fué instruido en las costumbres de la corte y creado conde, casando despues con la hija de una familia ilustre del Imperio, cuyos descendientes gozaron en Rusia largos años de los privilegios y prerogativas que les daba su parentesco augusto con los Romanoff.

## XXXVI.

Hemos visto que tenia Pedro de su matrimonio con Eudoxia Lapoukin, emperatriz repudiada, un hijo llamado Alejo, que contaba entónces veintiseis años y era el heredero presuntivo de la Corona. Resentíase su educacion de la mala voluntad que siempre le tuvo su padre, bien porque no se hiciese digno de su afecto, bien por ser nacido de mujer que aborrecia, y estaba casado con una princesa de Brunswick-Wolfenbutel, que no habiendo conseguido inspirarle amor ni respeto siquiera, se vió reemplazada no mucho despues de sus bodas por una lugareña de Finlandia. Por lo demas, Alejo no frecuentaba sino los jóvenes de peor conducta de Moscow, y como carecia de talento, de virtudes y de fuerza de voluntad, ó acaso temia demostrar las cualidades opuestas para no excitar recelos á su padre y señor, es lo cierto que acabó éste por considerarlo á manera de rémora del imperio en lo porvenir.

El fallecimiento de la mujer del mal aconsejado Czarewitch, arrebatada en la flor de los años á im-



pulsos de los pesares domésticos, dejando un niño de pocos meses llamado Pedro como su abuelo, sirvió de ocasion á éste para escribir á su hijo una carta que tengo á la vista, llena de invectivas, y en la cual se descubre, á vueltas de palabras de mucho desprecio, el propósito que tenía el Monarca de privar de la sucesion al trono á quien tan indigno se mostraba de ocuparlo.

«Cada dia que pasa señala en tí nueva degradacion y vicio nuevo. Sin conocer el arte de la guerra, que te obstinas en no estudiar, los reyes no merecen serlo. Tus disculpas son en vano para mí, porque á mis ojos no lo es la debilidad física que alegas á cada paso. Pregunta, si no, á los que conocieron á tu tío Fedor, cuyo temperamento era más delicado que no el tuyo, y todos te dirán que apenas si podia manejar las riendas de un caballo y aún menos sostenerse en los estribos, y que, sin embargo, montaba, y no habia en Rusia mejor caballeriza que la suya; que no es el vigor del cuerpo el que da la fuerza, sino la voluntad. ¿A quién, pues, voy á dejar en el cargo, cuando haya muerto, de continuar y concluir mi obra? Recuerda cuánto eres obstinado en el mal y perverso, y cuántos años has vivido sin que te reprenda por ello, esperando que se abran tus ojos á la luz y enseñándote con el ejemplo; pero todo ha sido en vano, porque nada es eficaz á sacarte del embrutecimiento en que vives entregado á la molicie. Tiempo es ya de que hable y de que te haga saber la resolucion inquebrantable que he tomado de apartarte de la sucesion á la Corona, como se corta un miembro gangrenado, si no corriges tus defectos y cambias de vida. Si yo expongo mi existencia en bien de mis pueblos, ¿cómo habré de amparar la tuya temiendo de ella tanto

estrago para la Rusia? Primero daré la corona del Imperio á un extraño digno de tenerla, que á un hijo que no lo sea.»

## XXXVII.

«Padre mio,—contestó Alejo, que buscaba salud en su abnegacion,—hanme dado vuestra carta momentos depues del entierro de mi esposa. Sólo una cosa he de contestar á V. M., y es que si le place desheredarme de la corona porque me crea indigno de ceñirla, se cumpla su voluntad sin más tardanza. Y digo esto, porque veo tambien por mí mismo cuán poco merezco sucederos á causa de la flaqueza de mi espíritu, agravada con el estrago que ha hecho en mí la última enfermedad. La gobernacion y regimiento de tantas naciones como constituyen los dilatados dominios de V. M., requieren hombres dotados de fuerzas físicas y morales que yo no tengo, y que pido á Dios conceda pródigamente para bien de todos á mi hermano. Y tanto lo deseo así, que cuando el Señor sea servido de llamar á sí á V. M., aún cuando no tuviera hermano, como lo tengo, no pretenderia la herencia del trono; en fe de lo cual escribo y signo de mi puño este papel, jurando por mi alma cumplir y guardar cuanto en él se contiene.

»Recomiendo á V. M. mis hijos, y para mí sólo pido lo necesario á mi subsistencia y aquello que sea del agrado de V. M. otorgarme de su libre y espontáneo movimiento.»

## XXXVIII.

Tanta sumision pareció á Pedro abyecta ó sospechosa, y contestó á su hijo diciendo así:

«Me hablas (1) de hallarte dispuesto á renunciar al trono, como si hubiera menester del consentimiento ajeno en aquello que de mí solo depende. Mas áun cuando así fuera, ¿qué te puede merecerme la palabra ni el juramento de quien como tú tiene de piedra el corazón? Ni tampoco, áun cuando tuvieras el propósito de cumplir lo que prometes, ¿caso tus favoritos te dejarían hacerlo? Porque si sus vicios y su amor á la holganza los apartan al presente de los empleos, se prometen mejor ventura esperando verte en el trono; pero si así fuera y llegases á ocuparlo, toda la máquina construida por industria mia vendría de un revés al suelo. Dame recibo de esta carta verbal ó escrito, pues si no lo haces y callas, te trataré como á malhechor, no como á hijo.»

«Deseo recogerme á un convento y tomar el hábito monástico.» fué la respuesta de Alejo, que había comprendido los propósitos de su padre.

Tampoco es posible á quien lea las cartas de Pedro no presentir en ellas que, así en el silencio como en las palabras de su hijo, buscaba razon ó pretexto de apartarlo de la sucesion á la corona, pues Tiberio no las escribía más terriblemente ambiguas á quienes queria obligar á condenarse por sí mismos, tornándolos conspiradores para ocurrir á su propia defensa y entónces acabarlos, ó poniéndolos en el caso de suicidarse.

(1) Esta carta tiene la fecha del 19 de Enero de 1716.

## XXXIX.

Así las cosas, Pedro partió de Rusia con propósito de recorrer la Europa segunda vez, sin apartar por eso los ojos de su hijo, á quien dejaba en apariencia libre de hacer su voluntad como para brindarle una ocasion propicia de ser artífice de su propia ruina. En efecto, no bien se hubo ausentado el Emperador, Alejo se fugó de Moscow en compañía de su manceba, la finlandesa Eufrosia, y corrió á refugiarse á Viena bajo el amparo de Carlos VI, trasladándose de allí á Nápoles, en cuyo castillo de San Telmo se creyó al fin seguro de los asesinos pagados por su padre.

Aun más sorpresa y temor produjo esta huida en el ánimo del Czar que una revolucion; y á fin de poner término á sus efectos, inmediatamente suavizó el lenguaje de sus cartas al Czarewitch, habló palabras de perdon y de cariño, dijo que se hallaba dispuesto á ser con él amante y benévolo, y para mejor persuadirlo y hacerlo caer en sus redes con la prontitud que deseaba, envió por embajadores á él á Romniantzof y Tolstoi, favoritos suyos. A su vez, intimidado el Gobierno de Nápoles con las reclamaciones de Pedro, manifestó al fugitivo que ya no podia sustraerlo más tiempo á los agentes de su padre, y con esto quedó el príncipe Alejo en manos de sus perseguidores, los cuales, con muestras de fingido respeto, lo llevaron cautivo al palacio de Preobrajenskoi, á las puertas de Moscow.

Pero, no bien hubo entrado en él, cuando las personas que lo acompañaban le quitaron las armas y lo condujeron con el aparato propio de los reos á la

cámara donde se hallaba su padre rodeado de los ministros y dignatarios del Imperio. Turbóse Alejo entónces por extremo, y cayendo de rodillas á los piés del Monarca se acusó de crímenes imaginarios y acabó implorando perdon. Y como Pedro le contestase á seguida que sólo podía remitir su falta renunciando á sucederlo en el trono, el Príncipe convino en suscribir en el acto el documento necesario en los términos que S. M. fuera servido de hacerlo redactar. Hizose así, dictando Pedro, y con esto queda dicho que Alejo firmó el testimonio de su deshonra.

No bastó, sin embargo, á satisfacer la saña de Pedro el papel arrancado á su hijo, ni la publicidad que le hizo dar mandándolo leer en las iglesias, sino que sometió al Príncipe al más infame interrogatorio para que á vueltas de preguntas capciosas resultara culpado y delator de cómplices. Bien será decir en honor de la verdad que de las respuestas de Alejo apénas si resulta que alentara vagas esperanzas de ocupar el trono cuando su padre hubiera muerto naturalmente, y que para entónces se prometía vivir tranquilo y libre de asechanzas. A esto hay que añadir la revelacion hecha por su confesor de haberse acusado S. A. en el tribunal de la penitencia de ser desafecto á su padre, culpa que, despues de todo, tenía explicacion en los malos tratamientos que siempre le dió el Emperador, no siendo tan fácil relacionar la conducta del sacerdote que así procedió con el cumplimiento estricto de sus deberes.

El mayor de los crímenes imputados al Czarewitch, con haberse calificado así, no merecía en justicia ni el nombre de falta, pues se hallaba reducido á un proyecto de mensaje al Senado, descu-

bierto por los esbirros de Pedro en poder de Eufrosia, en el cual proyecto rogaba el Príncipe de la manera más respetuosa y legal á los magistrados, clero y pueblo que dejaran á salvo sus derechos hereditarios en caso de ocurrir la vacante del trono mientras durase su destierro en Nápoles; como que solo el odio encarnizado de un perseguidor podía condenar el hecho y la manera de realizarlo. Con todo esto, aún faltaba el crimen tan buscado, en cuya virtud habria de imponerse al Czarewitch ejemplarísimo castigo. Una casualidad suministró al sañudo Monarca, ya que no pruebas, pretextos y apariencias de culpa.

Sin embargo de que los hijos de Catalina estaban llamados á heredar en defecto de Alejo, cuyo proceso y muerte ofrece muchos puntos de semejanza con el de S. A. el príncipe D. Carlos, no hay recelo siquiera de que la Emperatriz influyese por nada en el ánimo de su marido para enconarlo contra el Czarewitch. Pues como decia uno de los acusados con Alejo, y que sufrió el tormento, «á no suavizar ella, en la medida de sus fuerzas, los rigores del Emperador, ninguno hubiera podido sufrir la violencia de su carácter indómito y brutal.»

## XL.

Algun tiempo ántes de haber sido repudiada y recluida en el monasterio de Souzdal la emperatriz Eudoxia, como se viera constantemente ofendida y maltratada de su marido, puso los ojos en un general, llamado Glebof, que parecia condolerse de su suerte. Fueron al principio estos amores inocentes pasaron desapercibidos en fuerza de ser misterio-

sos y del alma; pero la separacion, que tan ocasionada suele ser á entibiar los afectos, y nueve años de ausencia, sólo fueron parte aquella vez á exaltar el que se tenían la Emperatriz y Glebof y á convertirlo en pasion irresistible. Movido Glebof de su deseo de acercarse á Eadoxia, solicitó con habilidad y empeño ser nombrado para el mando de las tropas que guardaban el monasterio de Souzda, y esto naturalmente proporcionó á los amantes muchas ocasiones de verse, concertarse y comunicarse sus pensamientos. Pero áun cuando la Emperatriz habia tomado el velo de religiosa y con él cambiado su nombre por el de Elena para despojarse de cuanto pudiera ligarla más á la tierra, no consiguió arrancar de igual modo de su corazon el amor hácia Glebof, ni el odio á sus perseguidores, ni el deseo de vengarse, ni la esperanza de volver al trono.

El arzobispo de Rostof, Dosifei, prelado intrigante y atrevido, y confidente de los amores de Glebof y de Elena, esperando labrar su fortuna, se prestó sin dificultad á casarlos en la capilla del monasterio. Marfa, hermana de Pedro, sabedora del caso y grande amiga de la desposada, la regaló muchas ropas, alhajas y prendas que por su lujo y magnificencia no convenian á la humildad y compostura del claustro, y eran propias solamente de la posicion que habia ocupado la Princesa y de la que aún se prometia reconquistar en el mundo. Bien será decir que ya fuese por el parentesco que ambas damas tenían con el Czarewitch, de quien la una era madre y la otra tia, ya por las muestras de afecto que siempre se dieron, la opinion pública las calificaba de parciales por Alejo, en cuyo advenimiento al trono debian fundar esperanzas de libertad.

Estos amores, pues, de la Emperatriz repudiada,

su casamiento secreto con Glebof, la intimidación y el acuerdo más ó ménos verdadero de Marfa y Elena, y las ilusiones que las dos cautivas pudieran hacerse para lo porvenir, suministraron al descubrirse la copia de pruebas que habia menester Pedro para consumir la ruina de su hijo

Entretanto, y para no dejar sin castigo á los pretensos cómplices de Alejo, fué llevada Elena sin miramiento alguno á Moscow, empezando á seguir su proceso. Bajo la presión de amenazas terribles escribió la desdichada mujer á su marido una carta suplicante, confesando las faltas cometidas por ella, y que ya he dado á conocer, é implorando perdón de la vida; y como tampoco resultó ninguna otra de los interrogatorios y declaraciones, ni por lo hecho podia imponérsele pena de muerte, se limitaron los jueces á mandar que dos monjas la diesen azotes y quedara encerrada en un monasterio inaccesible del lago Ladoga mientras viviese.

Dosifei, en castigo de haber casado á los amantes, despues de sufrir la degradación de manos de sus pares, cayó bajo la vindicta de las leyes civiles, y en su virtud ántes de que le cortara el verdugo la cabeza, sus ayudantes le rompieron los huesos golpeándolo con barras de hierro

## XLI.

Con ser esto cruel, la barbarie de los suplicios impuestos á los demas conjurados excedió á la de los strelitz, pues, porque tuvieron la mala ventura de acercarse al monasterio de Souzda y trataron con Eadoxia ó Glebof, fueron descuartizados, despues de lo cual los verdugos de Pedro los decapitaron y

pusieron sus cabezas en picas, juntamente con la del arzobispo, expuestas á los ojos del pueblo en los torreones del Kremlin hasta que los cuervos las convirtieron en calaveras.

Glebof, cuya culpa consistia en el amor profundo y leal que siempre tuvo á la hermosa Eudoxia, y en haberla tomado por su mujer despues de repudiada por Pedro, fué empalado á medias, sufriendo este cruel tormento á la vista de las cabezas de sus cómplices. Y para prolongar indefinidamente su martirio, mandó el Emperador que lo repitieran los verdugos el mayor número de veces posible, retirándolo y volviéndolo á poner en el instrumento, y haciéndolo andar sobre puntas aceradas, todo con el objeto de que los dolores y angustias le hicieran prorumpir en palabras acusadoras de la ex-Emperatriz, á trueque de hallar lenitivo á sus dolores. Pero más ganoso Glebof de salvar la vida, el honor y la memoria de su amada que de aliviar su propio sufrimiento, calló, y cuando habló, nada dijo que pudiera comprometer á Eudoxia, ni servir á los jueces siquiera de pretexto para condenarla.

Al cabo de tan prolongado suplicio, y cuando expuesto Glebof por última vez en la estaca, en medio de la plaza mayor de Moscow, luchaba con las angustias de la naturaleza, Pedro se le acercó, é invocando la religion del Dios ante quien habia de comparecer en breve, lo requirió en nombre de la verdad para que confesara su crimen y complicidad con Eudoxia; mas el mártir, cuyo heroísmo se sublimaba en la medida del sufrimiento que padecía, volviendo el rostro para mirar á su principal verdugo, le dijo:

—Fuerza es que seas tan necio como infame, para esperar de mí, ahora que tan cerca estoy de verme

libre para siempre de tus crueldades, una sola palabra que pueda manchar la honra de la más digna y virtuosa de las mujeres. Apártate de ahí, monstruo,—añadió escupiéndole al rostro;—apártate, y deja morir en paz á quien no has podido dejar vivir!

Cuando el historiador imparcial consigna hechos de tanta odiosidad cometidos por un sér á quien la especie humana reputa de grande y famoso, siente una manera de conmiseracion y de lástima por ella, y al pensar que los hombres han calificado con los títulos más sonoros y encomiásticos al feroz verdugo que halló placer y delectacion en imponer y presenciar torturas y suplicios tan horribles que ni los mayores culpados podian merecer, comprende que para escribir la historia verdadera y corregir los fallos injustos y equivocados de la que conocemos, y que tanto pervierte la moralidad de los pueblos, será necesario rehacer tambien y corregir la lengua humana, ya que carece hoy de fuerza y vigor bastante á expresar los sentimientos del corazon y los juicios de la conciencia.

## XII.

Mas no se sació Pedro todavía. «Cuando el fuego encuentra paja, la quema,—dijo aquellos dias á los que se admiraban de su perseverancia en la perversidad;—cuando encuentra hierro, se apaga;» sin advertir que la sangre tiene atraccion para el fuego.

Interrogada la finlandesa Eufrosina, confesó que su amante se habia quejado várias veces de los rigores de su padre con él, y él mismo compareció temblando ante sus jueces como reo convicto. Eran